

LA DOBLE LEGITIMIDAD DEL POPULISMO

Danilo Martuccelli & Maristella Svampa

El populismo es, a no dudarlo, una de las más importantes realidades sociopolíticas de América Latina. Sin embargo, aunque caracterizado a través de diferentes posiciones, y a pesar de su omnipresencia en el debate intelectual, está lejos de ser aprehendido en un concepto definido y preciso.

Un esclarecimiento de las significaciones actuales del populismo debe tener en cuenta al menos tres ejes: una observación fenomenológica del "estilo" populista; una consideración, por breve que ésta sea, de las principales interpretaciones del fenómeno; y un esbozo --al menos-- de lo que le es propio y distintivo en tanto régimen de legitimación, una mirada que muestre la continuidad existente entre sus diversos momentos.

EL ESTILO POPULISTA

Una reflexión sobre el populismo latinoamericano no puede escatimar un análisis del "estilo" populista. En efecto, más allá de las caracterizaciones teóricas propias del populismo, existe una suerte de pragmática populista. Antes que cualquier otra cosa, el populismo es un estilo de enfrentamiento con el mundo, y a la vez de evasión; una pose tanto como una práctica; un discurso y a la vez un discurso que hace "cosas" con las palabras; una manera de movilizar al pueblo y a la vez de inculcarle prudencia; una vía de redistribución, tanto como un esfuerzo de desarrollo nacional; una forma de enunciación de la dominación, tanto como una mistificación ideológica; un ataque a la oligarquía y una defensa de esa misma oligarquía.

En América Latina el populismo se autoconcibe a veces como una prolongación del triángulo fundador del proyecto independentista: la República, la riqueza, la unidad. En palabras populistas: participación popular, lucha contra la dominación extranjera, integración nacional. El populismo es siempre una alianza, un pacto que se mantiene gracias a un lenguaje de guerra, la difícil armonización de sectores que consolida y conserva a través de la constitución imaginaria de un opositor. Pero opositor cuidadosamente impreciso: en el fondo, el populista quiere ser amigo de todo el mundo, quiere hacerle creer a todo el mundo que sólo él es verdaderamente un amigo. El populismo quiere lograr cambios sin producir cambios, o mejor, cree posible controlar el desgarramiento del cambio social sin necesidad de sufrir fracturas societales. Valiente o acomodaticio, el populista nunca es sincero. Ha estrechado demasiadas manos y pronunciado excesivos discursos como para serlo. Su arte supremo es la contradicción. Nadie lo superará nunca en el dominio de esa técnica peligrosa. Ahí donde otros se desquiciarían, él se encuentra a sus anchas, más cómodo que nunca. Cuando dos promesas se oponen radicalmente, el populista sabe que ambas serán creídas simultáneamente. El populismo es el arte de la contradicción discursiva. Si alguien le hace notar que sus frases son ambiguas, sus promesas irrealizables o contradictorias, el populista estallará en carcajadas y, luego de homenajearlo, lo pondrá de lado. A ratos pareciera que se divierte, otras que el poder lo aburre. Solamente en la plaza, él es él. Ahí en el balcón, frente a la masa, él se siente sincero: llama al pueblo, Pueblo, y él mismo se siente pueblo, seguramente más Pueblo que todos los demás juntos. En el populismo, claro, todos los hombres son pueblo, pero algunos son más pueblo que otros. Momento de arrebatos. Gaitán se atrevió a decirlo: "Yo no soy un hombre, yo soy un Pueblo".

En la plaza, el líder populista ejerce una violencia simbólica sobre la masa para poseerla. La plaza es un lugar de lucha: la masa se ofrece en sacrificio, pero exige, en contrapartida, la entrega del líder. La masa duda hasta el final de la sinceridad de su líder, y por ello éste tiene el derecho de sentir ese recelo como traición y ofensa; se lo dice y, al decirlo, promueve el arrepentimiento de la masa, que entonces brega denodadamente para acallar en sí misma su duda. El líder se lo perdona siempre. Imaginariamente, el populismo escenifica, una y otra vez y siempre de nuevo, la pasión. El líder populista se presenta como el Crucificado, como el Hombre-Palabra, el hombre que trae la buena nueva y cuyos fieles, la masa, van

a desertar. El populista se vanagloria de su sacrificio futuro: hará todo por evitar su consumación, cuidándose bien de extraer el mayor provecho real posible de este riesgo imaginario.

El populista bautiza a la masa de un modo específico: le impone un nombre de pila, "pueblo". Noción unitario-integradora y no totalitario-totalizante. El "pueblo" es un híbrido: sabe, advierte, reconoce y admite en su seno las diferencias, pero las cubre a través de la elaboración de una categoría más general. La noción de pueblo no quiere anular, extirpar las diferencias, solamente quiere disimularlas; no las absorbe, sólo las maquilla. Y es que el populismo requiere para sobrevivir de la constitución permanente de un enemigo. Si el otro desaparece, la relación líder/masa corre el riesgo de desagregarse: a tal punto la pareja es dependiente de la acechanza del tercero. En otras palabras, el populismo es menos la anulación de lo político que la búsqueda del monopolio de la fractura constitutiva de lo político.¹ El populismo existe como fervor mientras el tercero proyecta su sombra intimidadora. Para agudizar el temor y cerrar más decididamente sus filas, el populismo internaliza al enemigo: endogeniza la amenaza. El populismo o el tercero incluido: los que están fuera, están también dentro; el Enemigo está entre nosotros. El populismo llega hasta aquí. El paso siguiente, la extirpación del miembro gangrenado, es la zancada propia del Terror revolucionario y, más tarde, el zócalo ideal-represivo del totalitarismo. El populismo nunca lo dará; para sobrevivir, el populismo requiere la amenaza ubicua e inextirpable del tercero. El populismo anida en esta tensión, jamás buscará volverse un absoluto; le gusta secretamente y necesita prácticamente cohabitar con el enemigo. En todo caso, sella acuerdos *non sanctos* con él. Es la unidad de base del populismo, el llamado al "pueblo", lo que exige esta relación aleatoria. El enemigo del populismo está fuera, también dentro, esto es, entre nosotros, pero no será nunca uno de nosotros.

De ahí lo propio y específico de la demanda del líder populista. En efecto, el líder populista no exige nunca el sacrificio vital de sus partidarios; lo que les pide es la abnegación exclusiva. Lo que no tolera es la existencia de popularidades rivales; le aterran, sobre todo, los segundones que trepan; no se concibe jamás como prescindible. El populista demanda, pues, la entrega única: sólo hay un líder, él. Jamás totaliza, sino unifica en torno suyo. El es el uno que unifica y que exige la entrega única. El es el único.

Esto debería ponernos en guardia contra toda tentación de reducir el populismo a una variante totalitaria. El totalitarismo, a diferencia del populismo, es antes que nada una voluntad de no diferenciación. Su lógica: crear bolsones de producción social de la individualidad. Su resultado: una sociedad controlada. Su ideal: la indiferenciación total. Su estructura se apoya en la existencia constante de controles y en la construcción de una sociedad indisoluble y que --se argumenta-- se halla permanentemente amenazada por el renacimiento de la diferenciación interna. El totalitarismo vive así toda división social como amenaza y toda distancia entre las subjetividades como obstáculo. El totalitarismo une a los distintos aboliendo la diferencia.

El populismo tampoco es un período de excepción. Nada más lejos de él que el recurso al Terror revolucionario, ya sea éste como una suerte de exigencia impuesta por y desde la calle o por la gravedad de una crisis, en cuyo pasaje se trata de preservar ciertas "libertades". La existencia de una lógica propia al populismo aparece con fuerza cuando se vislumbra su contexto social. En efecto, la suerte disímil de la revolución --instauradora tanto de los regímenes burgueses y democráticos de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, como de las formas totalitarias-- ha sido a veces explicada por la existencia de una sociedad civil capaz de tomar una revancha sobre el Estado. La revolución sólo logra imponer su homogeneidad y su transparencia en el pueblo, allí donde la ideología revolucionaria se instituye a la vez como poder político y sociedad civil, sustituyendo a los dos en nombre de la soberanía popular. La "revancha de lo social sobre la ideología"² exige una sociedad dinámica y, sobre todo, la existencia de actores sociales autónomos, constituidos independientemente de sus lazos con el Estado. La debilidad de éstos no haría sino acelerar la sustitución de la sociedad por el Estado revolucionario. Ahora bien, el populismo se inscribe sobre esta misma realidad social, pero, y a diferencia del caso anterior, jamás --o muy difícilmente-- se excede en su voluntad de sustitución. Sin embargo, nada más característico de la realidad latinoamericana que esta debilidad de autonomía de los actores sociales.

Todo ensayo de caracterización del populismo debe tener en cuenta tanto sus rasgos fenomenológicos como sus particularidades analíticas. Y si limitar el análisis a las fronteras de la observación fenomenológica es sin duda un error, es indispensable que en una correcta interpretación del populismo estos rasgos, todos estos rasgos, encuentren un lugar.

EL POPULISMO: ALGUNAS INSUFICIENCIAS TEÓRICAS

Durante décadas el populismo fue una categoría ambigua y confusa en las ciencias sociales latinoamericanas. Por lo demás, el reciente debate entablado acerca de los neopopulismos (con el acento puesto en el desplazamiento de la base social que se busca movilizar: de la clase obrera a los sectores marginales) o, por el contrario, el debate acerca de lo que algunos llaman el fin del populismo, no hacen sino poner de relieve la insuficiencia teórica que rodea al término.

En cierto sentido, el debate actual parece cuestionar el "consenso" establecido sobre la "época" del populismo: ese período que, para la Cepal, se extiende desde 1929 a 1959-1964, marcado por la imposibilidad de importar productos manufacturados y el desarrollo de una industria sustitutiva cuyo destino es la satisfacción de la demanda interna. Es en ese contexto económico --acumulación de reservas ociosas durante la segunda guerra mundial y desarrollo de las exportaciones al finalizar ésta-- que se produce el cuestionamiento de la dominación oligárquica y la consolidación de regímenes populistas. Ello ocurre a través de pactos sociales amplios, en los cuales los antiguos sectores tradicionales pierden poder en favor de nuevos grupos emergentes, y a través de políticas redistributivas concebidas como verdaderas "estrategias de consolidación" de grupos.

En otras palabras, para todo un sector del pensamiento social latinoamericano el populismo, como pacto de gobierno interclasista, correspondería a este momento de "desplazamiento" del capital extranjero por el capital nacional (o mejor, para la constitución de nuevas alianzas) y la expansión del mercado interno. Habría, pues, una "relación privilegiada" entre el populismo y la fase de sustitución de importaciones. Período de fuertes migraciones rurales hacia las ciudades y de la aparición de un nuevo grupo de empresarios que crece al amparo de la intervención estatal (a través de la transferencia de ingresos del sector tradicional hacia el sector moderno de la economía). Modelo que, si seguimos la caracterización ya clásica en América Latina, entró en crisis al advertirse los límites de sus posibilidades redistributivas: el mercado interno logró una expansión continua y la demanda se concentró en las capas altas y medias. La realidad económica terminó así por sellar la fractura del pacto social populista.

El populismo es caracterizado como el "estado" del sistema político propio a una época de industrialización, que busca hacer viable el modelo de crecimiento hacia adentro, a través de la incorporación política de las clases medias y el esfuerzo por movilizar a las masas de manera "organizada" (esto es, canalizar las demandas sociales a través del aparato político-institucional). Vargas, Cárdenas, Perón desde el gobierno, Gaitán o Haya de la Torre desde la oposición, signan el modelo.

Pero este "consenso" interpretativo va a conocer por lo menos dos grandes versiones. En la primera, representada sobre todo por los trabajos de Gino Germani,³ el populismo se emparenta sobre todo con el proceso de modernización. El populismo es ejemplificado a través de la noción de "movilización social", como resultado de la reunión de una serie de factores. La existencia de una alta tasa de natalidad, de un fuerte crecimiento económico, el importante flujo migratorio hacia las ciudades y la presencia, por lo tanto, sobre la plaza política de una masa muy poco integrada y desprovista de orientaciones ideológicas o de una conciencia de pertenencia a una clase social específica, se hallarían en la base del voto por Perón.⁴ En efecto, sería la "disponibilidad" social y cultural de esta nueva masa urbana lo que habría hecho posible el triunfo del peronismo y asegurado la primacía de la integración nacional sobre la conciencia de clase. Aun con diferencias importantes, este modelo explicativo es seguido por todos aquellos que ven en la base del populismo un desborde del control ejercido por la burguesía tradicional (y que la habría obligado a extender su base social) y el recurso al líder como una suerte de agente providencial que trata de llenar este vacío. El mismo modelo es seguido por todos aquellos que explican el populismo a través de la debilidad y heterogeneidad de la clase obrera. En todos los casos, el populismo es definido bajo la impronta de la crisis del sistema oligárquico tradicional.

Para otros, al contrario, el populismo se explica menos por sus orígenes sociales que por el papel político que el Estado desempeña en América Latina. El populismo es explicado entonces por el modo de intervención del poder estatal. El autor más importante de esta tendencia es, sin duda, F. Weffort,⁵ con su caracterización del populismo como un "Estado de compromiso" que responde a la incapacidad de la burguesía latinoamericana para asegurar su hegemonía de clase, y la constitución, por ende, de un Estado que se desliga de los intereses particulares para tratar de dominar el conjunto del cuerpo social. Es aquí donde se ubican todos los intentos por caracterizar el peronismo como una variante del

bonapartismo,⁶ o aun aquellos que definen la política nacional-popular sobre todo como una forma de intervención social del Estado:⁷ un Estado que no es un mediador entre clases sociales ya constituidas, sino el verdadero "constructor" de las clases sociales, clases que no existen independientemente de su intervención.

A estos dos tipos de análisis, el de las condiciones socioeconómicas y el de sus formas posibles de expresión política, se añadió otro modelo de interpretación.⁸ Para esta posición, que rompe de cierta manera con el "consenso" establecido alrededor del "momento" populista, el fenómeno nacional-popular debe ser sobre todo estudiado a través de los procesos de constitución de un auténtico sujeto popular. El modelo presenta dos variantes. Para la primera, lo propio del fenómeno sería de naturaleza ideológica. Para la segunda, por el contrario, el populismo sería la puesta en práctica de un proceso no discursivo de constitución de un sujeto.

Para Laclau, el discurso populista, que se identifica aquí con los intereses de las clases sociales (habría así un populismo de clases dominantes y un populismo de clases dominadas), tendría el mérito de constituir al "pueblo" bajo la forma de "interpelaciones democrático-populares".⁹ Esta posición, que en su versión extrema conduce a la disolución lingüística de lo social (que existiría sólo a través de su constitución discursiva por y en lo político), convierte al populismo en un fenómeno sin sustrato social específico, una suerte de entelequia que atraviesa la historia latinoamericana o bien un rasgo permanente de su "cultura" política.

Laclau ha ido aún más lejos.¹⁰ De lo que se trata es negar la existencia de un escenario social donde los agentes perfectamente constituidos alrededor de intereses se comprometen en luchas sociales bien delimitadas. Al contrario, se insiste en la dificultad de las clases sociales para constituirse en tanto sujeto histórico. En el fondo, esta "dificultad" no sería de tipo histórico, sino el resultado de una teoría del discurso que niega la existencia de una realidad social previa a la práctica discursiva. Los movimientos sociales no son entonces más que un conjunto de luchas diferentes, interpelaciones con objetivos y situaciones sociales diversas, y donde el conflicto no está jamás predeterminado por factores estructurales, sino que es, por el contrario, un puro resultado de la lucha hegemónica. El sentido de una acción colectiva no es así más que una consecuencia del trabajo interpretativo que realiza el movimiento y de las luchas de tendencias que se desencadenan en su interior. Las luchas sociales son "incommensurables" entre ellas y terminan por inscribirse en el horizonte de una "democracia radical" desprovista de todo contenido preciso.

La segunda posición subraya que lo propio de la experiencia nacional-popular es la constitución de un sujeto a través de "un principio de trascendencia no discursivo".¹¹ Para E. Valenzuela, este sujeto no discursivo se manifiesta en la experiencia populista tanto en el "culto de la personalidad" como en su "carácter festivo". Pero la afirmación de la existencia de este sujeto obliga al autor a invertir la dinámica del populismo desde el líder hacia las masas. En efecto, serían las masas el verdadero motor de la experiencia, sea que ellas otorguen cualidades excepcionales al líder, sea que permitan comprender la vacuidad del discurso populista a través de una experiencia donde lo importante es lo vivido.

La experiencia de fusión, ritual, entre el líder y las masas tendría también una forma institucional en la conjunción del Estado y los actores. Aquí la caracterización se convierte en una petición de principio donde los términos de "heteronomía" y de "participación" definen el modelo de reciprocidad que se establece entre el Estado y los actores.

Esta posición permite dar cuenta de las "subsistencias" del sujeto popular más allá de la sola experiencia nacional-popular, así como corregir las presunciones sobre la existencia de un sujeto popular discursivamente orientado contra el Estado (el "foquismo") o preconstituido frente al Estado (un "populismo" a la rusa y frecuente entre ciertos sociólogos peruanos). Pero su debilidad se encuentra, de un lado, en que el modelo parece explicar demasiadas situaciones (así entendido, toda comunión líder-masas parece devenir una experiencia populista); y, de otro lado, en que el modelo traza un corte, por lo menos discutible, entre la democracia y el populismo. El punto se hará más claro más adelante, pero --siguiendo al autor-- si la política, concebida bajo la impronta del populismo, es "un espacio de formación no discursiva de una voluntad general", ella se halla en las antípodas de la democracia, que exige la construcción de una opinión pública a través de un disenso consensual. En breve, la democratización entendida como el tránsito de una legitimidad plebiscitaria del líder hacia el sistema político deviene, por lo menos analíticamente, impensable. Si los sujetos se constituyen por comunión no

discursiva, ¿cómo podrán devenir ciudadanos de un Estado representativo? ¿Cuál es la verdadera naturaleza de este actor que sólo deviene sujeto a través de su comunión con el líder? Entonces, todo ensayo de salida, ¿no nos retrotrae al viejo "prejuicio" iluminista?

Estas posiciones parecen hoy día insuficientes. O bien ellas tienen tendencia a circunscribir en exceso el "momento" populista; o bien, al contrario, cuando tratan de alargar la caracterización del fenómeno, caen en el riesgo de disolver toda especificidad del populismo en una suerte de construcción imaginaria históricamente recurrente. Pero, sobre todo, estas posiciones parecen insuficientes para comprender los nuevos regímenes políticos latinoamericanos.

En verdad, uno de los objetivos (y no el menor) de toda nueva aproximación al populismo latinoamericano debe ser, justamente, el lograr una caracterización lo suficientemente amplia y precisa como para poder dar cuenta analíticamente de gobiernos tan dispares, pero por momentos tan similares, como Perón y Menem, Cárdenas y Salinas, Vargas y Collor de Mello, el proyecto aprista de los cincuenta y Fujimori; o, para decirlo de manera aún más paradójica, las distancias (y oposiciones) observables entre el primer y el segundo Carlos Andrés Pérez.

Inútil querer eliminar el problema hablando de regímenes neoliberales. En el fondo, a lo que se asiste hoy en día en América Latina es al fracaso de las estrategias "puras" de legitimación: el descalabro de la Izquierda Unida y la derrota electoral de Lula o aún --y a pesar de las irregularidades-- de C. Cárdebas, así como el fracaso de las propuestas liberales que en su momento presentaron Vargas Llosa y Büchi, no hacen sino señalar el verdadero problema. Lo que hoy se impone en América Latina, y esto en el momento mismo en que el continente está a punto de perder toda unidad analítica, es la tentativa de legitimación de regímenes liberales a través de un modelo populista. Lo propio, y común, de estos regímenes no es tanto el "estilo" de sus gobernantes, cuanto el régimen de legitimación del cual se sirven, y esto a pesar de que los resultados económicos vayan hoy al encuentro de las realidades de los años cincuenta.

En otras palabras, si existe hoy continuidad populista en la política de América Latina, ella no se encuentra ni en los proyectos económicos, ni en la forma del pacto social, ni tampoco en supuestos "aires de familia" discursivos, sino en el uso y mantenimiento de un mismo régimen de legitimación; similitud que exige un análisis específico de la legitimidad populista. Este estudio no responde ni a la pregunta por los orígenes del populismo ni al problema del sujeto popular, y sólo apunta a subrayar con mayor detenimiento esta faceta de la experiencia populista.¹²

EL RÉGIMEN DE LEGITIMACIÓN

La legitimidad es usualmente asociada a la capacidad que tiene un gobierno para engendrar la creencia en los ciudadanos de que las instituciones existentes son las más adecuadas. Por lo general, refuerza esta caracterización la idea de que las instituciones son valoradas en sí mismas, o por sus orígenes, o por sus fines y resultados. Esto es, que el valor de un orden político depende de un conjunto de instituciones interdependientes que apuntan a lograr un consenso a través de una distribución equitativa de la riqueza producida socialmente. Para otros, en fin, la legitimidad está asociada a un proceso de encubrimiento de los verdaderos resortes del poder. Pero, sea cual sea la caracterización o el proceso elegido para definir la legitimación, ésta supone siempre, en todas sus variantes, la facultad de lograr el reconocimiento del sistema político por los gobernados; en síntesis, la transformación del poder en autoridad.

Ahora bien, lo propio del populismo es poseer una concepción dual de la legitimidad. En efecto, a diferencia de la legitimidad democrática basada en el reconocimiento periódico de los representantes por los representados y en la figura política que compromete, el populismo requiere de un principio "externo" de autoridad. A diferencia de la legitimidad revolucionaria que exige el reconocimiento de la revolución en tanto que expresión constitutiva del destino de un pueblo, esto es, que tiende siempre a fundar una suerte de legitimidad simbólica autorreferencial (a través de la cual ella deviene a la vez un hecho moral y un evento no juzgable emplazado en la trama misma de la historia), el populismo no participa jamás de esta confiscación absoluta de la soberanía popular.

Tampoco el populismo recurre a una suerte de legitimidad carismática. A menos de desnaturalizar la noción, es preciso reconocer que el líder populista se impone menos por la fuerza de su personalidad, o

su aura individual, que por su capacidad de integrar realidades heterogénea. En fin, las experiencias actuales cuestionan el esfuerzo de reducir la legitimidad propia del populismo a una consecuencia, más o menos directa, de una política de redistribución.

Si la legitimidad del populismo no se superpone a la de la democracia, ni a la del proyecto revolucionario y menos aún a la autorreferencialidad totalitaria, o al comunitarismo puro; si la legitimidad del régimen no se deriva tampoco de las cualidades carismáticas del líder o de los efectos de una política redistributiva, ¿cómo dar cuenta de lo propio de su legitimidad?

En el fondo, el populismo es un régimen de legitimación que es una suerte de exceso con respecto a la legitimidad propia de la democracia y un déficit en relación a la imposición totalitaria. Pero es, sin duda, desde la democracia como mejor se interpreta el populismo. En efecto, el populismo es una tensión ineliminable entre la aceptación de lo propio de la legitimidad democrática y la búsqueda de una fuente de legitimación que la excede; exceso que se halla, de alguna manera, en el seno de todo proyecto democrático, pero exceso que no logra nunca sustituir completamente a la democracia. En otras palabras, antes de designar el principio mismo de legitimidad, es preciso advertir el excedente que el sistema político está obligado a producir bajo el efecto de la urgente necesidad de sobrevivencia. Hay, pues, que comprender esta doble legitimidad. El populismo reclama ser no sólo una manifestación activa y positiva de un otro principio de legitimación, sino también, y mucho más modestamente, un disturbio político-social, un obstáculo que requiere ser superado, un déficit por reparar. Si el populismo extrae su identidad analítica mayor de esta turbulencia legitimadora primaria, ella da paso a un régimen "estable" de legitimación.

Este modo de legitimación nace del entrecruzamiento de una serie de factores. En primer lugar, un factor propio de la cultura política: el populismo --como la democracia-- acepta la idea de que el pueblo es la fuente final de toda autoridad. Para la democracia, esta soberanía sólo se expresa a través del recurso periódico y formal de las urnas (lo que supone la aceptación cabal de una cultura individualista, esto es, la construcción de una representación de la sociedad como un agregado contingente de intereses heterogéneos). El populismo, en cambio, excede esta medida por una suerte de nostalgia comunitaria, reinterpretada como la culminación de una aspiración propia a toda democracia: la constitución de un pueblo soberano. Para la democracia no hay "sustancia", sólo "forma".¹³ Para el populismo, la forma política apunta a expresar (y constituir) la sustancia de lo popular.

En segundo lugar, es preciso subrayar un elemento que reenvía al contexto social propio del populismo. En efecto, aun cuando el populismo exceda (en su voluntad de legitimación) a la democracia, y aun cuando por momentos entre efectivamente en conflicto con ella, es incapaz de sustituir completamente a la legitimidad democrática o abandonar toda referencia democrática. Es la realidad social del populismo lo que le impide esta forma de desmesura: su tejido de compromisos es lo suficientemente fuerte como para permitirle el recurso a la democracia y lo suficientemente débil como para impedirle convertirse en la encarnación efectiva del "pueblo". Situación que exige, entonces, el doble movimiento característico de todo populismo: a la vez el reconocimiento periódico de la soberanía vía las urnas, y la necesidad de buscar una legitimidad diferente, más firme, menos aleatoria, pero cuya posibilidad de realización total (la sustitución cabal del "demos" por la lógica del "kratos", o sea la revolución) queda siempre excluida. De ahí lo propio de la legitimidad de la cual se reclama signo el líder populista y que le exige ser algo más que un jefe democrático y menos que un dictador. De ahí la dificultad vivencial del populismo en el instante del voto: ahí, justo ahí, donde se asiste a la disolución absoluta de la sociedad, ahí donde el "pueblo" deviene una sumatoria de individuos.

Sin embargo, y aun cuando el populismo despliega su legitimación en la conjunción de las dos direcciones, "democrática" y "popular", no se concibe a sí mismo como emanado de una legitimidad transitoria. Su validez y su especificidad quedan tanto mejor aseguradas cuanto se lo piensa no como un modelo inestable (o políticamente híbrido), sino como el resultado de la intersección de una legitimidad popular y de una legitimidad democrática inacabadas. El populismo vive hasta cierto punto de esta falta de conclusión. A la vez participativo y representativo, el populismo ha sido muchas veces asociado, como lo hemos mencionado, a una época de transición. Pero ello es desconocer el hecho de que el populismo no se concibe jamás a sí mismo como una transición; hacerlo es operar una violencia hacia un régimen que no se autorrepresenta como destinado a la desaparición o a su perfeccionamiento a través de la realización ya sea de lo "popular", ya sea de lo "democrático".

Una vez más, el populismo se sirve de ambos principios para constituir otra cosa. He ahí su ambivalencia radical: se vale de ciertos lenguajes políticos para sugerir otra cosa. Hay pues, permítasenos la licencia, un uso "estratégico" o "regulador" de estos lenguajes, jamás un empleo "constitutivo", pero el uso de estas tradiciones políticas es por lo general percibido como orientado a la constitución de un sujeto popular.

El populismo se constituye, o mejor, construye su régimen de legitimación combinando el ideal de la democracia con el ideario del sustancialismo popular, a la vez diseñados como ilusión y presentados como exigencia. Pero no hay reconciliación de ambos, una suerte de superación dialéctica, y de ahí la inasibilidad propia de su régimen de legitimación, que ha hecho ver en el populismo ya sea una forma degenerada o transitoria de la democracia, ya sea una forma incompleta o falaz de la constitución de lo popular. Su legitimidad es, para decirlo con términos químicos, una mezcla.

En fin, existe un tercer gran factor que condiciona a este tipo de legitimidad y que depende directamente del rol del líder. Inútil volver sobre los rasgos fenomenológicos avanzados al comienzo de este artículo; baste señalar aquí que esta legitimidad *sui generis* no está determinada por ciertas situaciones sociales, sino que está también marcada por la presencia, y sobre todo por la actividad del líder populista, que debe, en un solo y mismo movimiento, figurar una movilización social heterogénea e imponerse como figura sobre ella. El lugar de líder en el populismo se construye en la intersección de esta doble legitimidad, y su espacio es tanto más grande cuanto ella se advierte como más profunda. O mejor, una parte importante del trabajo simbólico del líder populista consiste en conservar y recrear permanentemente esta escisión, verdadera posibilidad (y razón) de su sobrevivencia política.

¿Qué resta, entonces, del "momento" populista? Si el populismo es definido como un régimen de legitimación, es preciso, más allá de los elementos hasta aquí avanzados, dar cuenta más exactamente de las condiciones en las cuales es susceptible de desplegarse este tipo de legitimación. Para mantenernos dentro de los límites de este artículo, baste decir que el populismo es capaz de producirse cada vez que una sociedad atraviesa por una época de transformación: ya sea de las identidades sociales (cuando es necesario asegurar la modernización del país y la defensa de la comunidad nacional), ya sea del desborde del sistema político tradicional. Pero la tentación populista existe también ahí donde se asiste a la desestructuración del tejido social, en el instante de ingreso en el "caos" o la "decadencia", justo ahí donde lo social parece perder todo principio de unidad, incluso de estructuración. En otras palabras, las condiciones sociales del populismo se encuentran o bien en el momento de la emergencia de un nuevo escenario social (y poco importa en verdad que éste sea caracterizado como "sociedad de masas" o como pacto social") o bien, justamente a la inversa, en el momento de descomposición de un sistema social. (Por lo demás, las dos posiciones se entrecruzan y la "crisis" de hoy no es a veces más que la "transición" de mañana).

Ambos procesos, de "crecimiento" o de "estancamiento" económico-social, suponen el debilitamiento de los cuerpos intermedios y el ingreso en una era de relación más directa entre líder y masas.¹⁴ En verdad, el populismo actual sería una variante de la sociedad de masas, con la atomización y la anomia como, nuevamente, los rasgos mayores del proceso.¹⁵ Pero estas posiciones dejan de lado el hecho de que el populismo ha jugado también, en América Latina, un papel importante en la construcción de los cuerpos políticos intermedios, y el hecho de que la actual "ola" populista es un esfuerzo de (re)legitimación del Estado en un momento marcado por los efectos combinados de la desorganización de las identidades sociales y los costos sociales de la reestructuración económica neoliberal.

El populismo es difícilmente explicable a través de sus solos orígenes sociales, o por un particular modo de intervención estatal. El primer ensayo analítico dice demasiado, el segundo demasiado poco. El populismo es mejor caracterizado como estrategia de legitimación que reposa sobre una concepción dual de la sociedad. El populismo no instaure verdaderamente una relación inmediata entre el líder y las masas; se trata, a través del recurso a actos simbólicos, de reconstituir el sentido de lo comunitario y de proseguir la formalización del cuerpo social. Pero, en ambos casos, es el Estado el depositario final de la legitimación.

Esta caracterización, sin embargo, requiere una precisión suplementaria. El populismo, incluso si por lo general está asociado a épocas de transformación, extrae lo propio de su acuidad de una situación particular. En efecto, las transformaciones sociales pueden dar simplemente paso a regímenes de excepción. Es, pues, necesario añadir aún otro elemento: el populismo es tanto más probable cuando se

trata de (re)construir un Estado moderno en relación con la conciencia cultural de los gobernados. El populismo no busca, como ha sido dicho con excesiva ligereza, fusionar el "pueblo" con el Estado gracias al rol del líder; el populismo se esfuerza más bien en hacer sentir como "propio" el Estado a los gobernados, luego de un largo período de extrañamiento entre uno y otros. La legitimidad, el hecho de que los ciudadanos reconozcan a sus autoridades, pero también el hecho de que los ciudadanos sientan como "suyo" lo que "su" Estado "hace", supone, siempre, dosis importantes de identificación imaginaria. Y bien, por lo general la legitimidad populista se desarrolla al final de un proceso en el cual el sistema político ha sido sentido como particularmente extraño por los gobernados. De ahí la naturaleza de su doble llamado: a la vez "democrático" (dar a los individuos el sentido de la ciudadanía) y "popular" (salvaguardar una identidad comunitaria, negada por los "anciens régimes"). El recurso masivo a la legitimidad populista opera así en América Latina ya sea al "final" del Orden conservador y de los Estados oligárquicos, ya sea a la "salida" de los Estados antipopulares y dictatoriales de los años setenta. En ambos casos, el populismo viene a llenar un vacío de legitimación y responde a la necesidad de aproximar el Estado de los gobernados.¹⁶ Proceso simbólico, el recurso a este régimen de legitimación es compatible con diferentes políticas económicas o "alianzas" sociales.

En otras palabras, la legitimidad dual del populismo posee sincréticamente las tres tensiones propias de todo populismo observadas por D. Pecaut.¹⁷ Primero, la afirmación simultánea de una relación social instituida y de una región no-social inmune a la institucionalización. Pero en el populismo este no-social no es solamente un límite a la aspiración institucional del régimen, sino también una fuente suplementaria de legitimidad del marco institucional. Segundo, la doble referencia a la igualdad y a la jerarquía. En el populismo, la igualdad resulta de un esfuerzo por rescatar la supuesta unidad del cuerpo social; por ende, la igualdad pasa a través de la aceptación implícita de una jerarquía "natural", pero la reintroducción de un principio jerárquico apunta a su vez a una mayor realización de la igualdad a través de un sentimiento de cohesión social. Tercero, la enunciación a la vez de una división absoluta de la sociedad y de la vocación del Estado de reunificarla. Tensión que expresa la necesidad del Estado de buscar, a causa de las fallas sociales existentes, un exceso de legitimidad sobre el cual poder apoyar su autoridad. Estas "tensiones" no son, pues, tanto expresión de la debilidad (o inconsistencia) del populismo, cuanto lo propio de su régimen de legitimación.

Un último punto destacable. Sería un error considerar que el populismo, por el hecho de ser un modelo de legitimación nacido del entrecruzamiento de dos tradiciones políticas, posee una consistencia menor y, sobre todo, que lleva en él, constantemente, el germen de su disolución. Lo social corre siempre el riesgo de su desvirtuación por lo político. Ciertamente, los peligros que acechan a todo régimen de legitimación son graduales y distintos, pero ninguno está libre de sus acechanzas. Es así que el encubrimiento de lo social se hará por el totalitarismo si la legitimación del sistema político deviene autorreferencial; se lo hará desde una utopía liberal o revolucionaria cuando se apunta a suprimir la mediación política y lo político se concibe como la transparencia lograda entre lo social y su representación, la puesta en escena de una sociedad inmediata a ella misma; en fin, se lo hará en nombre de la democracia si la posibilidad (conflictiva) del consenso esconde el conflicto (consensual) para lograrlo. En cuanto al populismo, el riesgo de confiscación está también, por supuesto, presente; pero no hay ninguna fatalidad inscrita en su horizonte: el populismo, ahí donde no fue eliminado por golpes de Estado, encuentra prolongaciones --si prolongaciones tiene-- ya sea en la democracia, ya sea en el autoritarismo.

CONCLUSIÓN

El populismo no es solamente un régimen de legitimación. Sin embargo, los rasgos fenomenológicos evocados en la primera parte, así como algunas de las caracterizaciones teóricas avanzadas, son susceptibles de ser leídos o bien como elementos de este régimen de legitimación, o bien como hipótesis complementarias. Pero, por sobre todo, la caracterización aquí presentada trata a la vez de delinear lo propio del populismo y dar cuenta de la naturaleza de un buen número de actuales regímenes latinoamericanos.

Por lo demás, a menos de volver a caer en la tentación de querer encontrar totalidades sociopolíticas significativas, nada impide comprender los gobiernos actuales como "liberales" en lo económico y "populistas" en su régimen de legitimación. Que uno no "corresponda" al otro o que, al contrario, éste le sea "funcional" a aquél, son afirmaciones que, una vez separadas de sus universos teóricos respectivos, están lejos de ser pruebas contundentes. En realidad, uno u otro argumento forman parte de esos

"residuos" de la sociología funcionalista o marxista, que aún condicionan nuestros razonamientos. Otros dirán, a la inversa, que lo propio de lo nacional-popular consistió en definir un modo de desarrollo signado por la voluntad redistributiva y que este impulso, al ser abandonado por los actuales gobiernos, no hace sino poner de manifiesto el fin de los populismos latinoamericanos. Pero lo propio de esta posición es justamente aquello que caracteriza su insuficiencia mayor: (con)fundir el populismo con toda política voluntarista de integración nacional.

En el fondo, el populismo participa a la vez de un intento de formalización de las relaciones sociales y de un resabio de sustancialización del cuerpo social. Su modelo es el equilibrio entre estos principios: el uso de aquél contra los excesos de éste y el recurso a éste para llenar las insuficiencias de aquél. Pero, inestable en su composición, el populismo no es (sería ciertamente un error considerarlo de esta manera) un régimen de legitimación atrapado entre la tradición y la modernidad. Al contrario, el populismo es más bien una forma particular de inserción de la "modernidad" en el sistema político latinoamericano, una forma peculiar de aceptar a la vez la disolución contractualista de la sociedad y de querer conservar los lazos propios del ethos comunitario. El populismo es más un intento de articulación de lo moderno con lo tradicional, que una forma "corrupta" de la transición; y su fuerza viene justamente de su capacidad para responder, desde lo político, a ese anhelo (y nostalgia) que recorre toda la modernidad, y que consiste en querer revivir la "comunidad" en el seno de la "sociedad".

Como régimen de legitimación, el populismo no cae nunca ni en el extravío comunitario absoluto ni puede, tampoco, encarnar totalmente el ideario individualista que reclama la democracia. Y, sin embargo, este equilibrio legitimador del populismo está lejos de ser equidistante de estos dos elementos. El populismo es por lo usual una ruptura de la lógica comunitaria y sólo un exceso del principio democrático: de lo que se trata es, asumiendo los mecanismos políticos propios del juego democrático, de extremar las consecuencias de lo que sus reglas de juego posibilitan; de constituir al "pueblo" en actor a través de la participación política y no limitarse tan sólo a una mera representación institucional. Pero una participación que se mantiene dentro de los contornos de la representación democrática.

NOTAS

1. Sobre la pareja amigo-enemigo como elemento central de una definición de lo político, véase C. Schmidt, *La notion de politique. Théorie du partisan* (París: Calmann-Lévy, 1989).
2. Véase sobre todo F. Furet, *Penser la Révolution Française* (París: Gallimard, 1978).
3. G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós, 1962).
4. Para una severa crítica de las bases empíricas de esta tesis, véase el estudio de M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1972).
5. F. Weffort, *O populismo na política brasileira* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978).
6. Véase, para una perspectiva marxista, T. Dos Santos, *Socialismo o fascismo* (Santiago: PLA, 1972); y para una articulación entre la tesis de Germani y la noción de bonapartismo, T. di Tella, *Política y clase obrera*, 2ª ed. (Buenos Aires: CEAL, 1983), pp. 46-55.
7. A. Touraine, *La parole et le sang* (París: Odile Jacob, 1988), sobre todo pp. 165-207.
8. No hacemos aquí sino introducir una matriz a la clasificación de la literatura populista propuesta por D. Pechau, en *L'ordre et la violence* (París: EHESS, 1987), pp. 245-54.
9. Véase sobre todo E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista* (Madrid: Siglo XXI, 1978).
10. E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* (Madrid: Siglo XXI, 1987).
11. E. Valenzuela, "La experiencia nacional-popular", *Proposiciones* 20 (Santiago: SUR, sept. 1991), p. 18.
12. Dados los límites de este artículo, no podremos explayarnos en las armonías y desencuentros existentes entre la caracterización del populismo como régimen de legitimación dual y las otras perspectivas.

13. Véase para esta caracterización, Claude Lefort, *L'invention démocratique* (París: Fayard, 1981), y *Essais sur le politique* (París: Seuil, 1986).

14. Para una interpretación del populismo en esta dirección, S. Zermeno, "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología* (Octubre-Diciembre 1989) pp. 115-150.

15. E. Tironi, "Para una sociología de la decadencia", *Proposiciones* 12 (Santiago: SUR, 1986), pp. 12-16.

16. El paralelismo con la actual derivación populista de ciertos regímenes de Europa del Este es manifiesto. Sin embargo, dado que en algunos de estos países es más débil la presencia de una cultura "democrática", el riesgo de una cancelación veloz del "momento" populista y la transformación de estos regímenes en dictaduras es mayor.

17. Véase D. Pécaut, *L'ordre et la violence*, pp. 250-1.